

LA RELIGION EGIPCIA

CONFERENCIA LEIDA EN EL

ATENEEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID

LA NOCHE DEL 6 DE MAYO DE 1884

POR

JOSE RAMON MELIDA

OFICIAL DE LA NOBILÍSIMA Y ESCLARECIDA ORDEN PORTUGUESA DE SANTIAGO,
SOCIO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DE BERLIN
Y AYUDANTE DEL CUERPO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS,
ADSCRIPTO AL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL



MADRID

Establecimiento tip. de *El Correo*, á cargo de F. Fernández,
CALLE DE SAN GREGORIO, NÚM. 8

1884

73986836

3.3
MEL
rel

R-115

LA RELIGION EGIPCIA

CONFERENCIA LEIDA EN EL

ATENE0 CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID

LA NOCHE DEL 6 DE MAYO DE 1884

POR

JOSE RAMON MELIDA

OFICIAL DE LA NOBILÍSIMA Y ESCLARECIDA ORDEN PORTUGUESA DE SANTIAGO,
SOCIO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DE BERLIN
Y AYUDANTE DEL CUERPO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS,
ADSCRIPTO AL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL



MADRID

Establecimiento tip. de *El Correo*, á cargo de F. Fernández,
CALLE DE SAN GREGORIO, NÚM. 8

1884

IN WITNESS WHEREOF, I have hereunto set my hand and the seal of the said Court at the City of New York, this _____ day of _____, 19____.

Clerk of the Court

Notary Public

Witness

Witness

JOSE RAMON MELIDA

Witness



Pierret; Le Panthéon Egyptien, Paris, 1881.—Pierret; Petit Manuel de Mythologie, Paris, 1878.—Lenormant; Histoire ancienne de l'Orient jusqu'aux guerres médiques, neuvième édition, tomo III, Paris, 1883.—Maspero; Histoire ancienne des peuples de l'Orient, Paris, 1878.—Maspero; Les contes populaires de l'Egypte Ancienne, Paris, 1882.—Birch; Sur un papyrus magique du Musée Britannique, Revue archéologique VIII, 1863.

Basta una ojeada en los libros ó en los Museos sobre los monumentos y reliquias de la civilización egipcia, para observar la cuantiosa abundancia de imágenes sagradas y de sus atributos ó emblemas. Por eso ha dicho el más perspicaz de los egipólogos franceses, M. Maspero, que el Egipto parece como si hubiese estado poblado «principalmente por dioses y tantos »hombres justos como eran menester para las necesidades del »culto.» Pero al fin, las representaciones frecuentes de los dioses no significarían sino que el Egipto era un pueblo muy piadoso. Hay algo más. Si representaban un Faraón, cuando no era en la imagen antropomórfica de la esfinge, cuyo simbolismo no es tan material como se cree, según he de probar más adelante, le coronaban á menudo con la doble diadema, característica de algunas divinidades, y le ponían, además de otros atributos sagrados que no he de enumerar ahora, el *uraeus* ó serpiente simbólica encima de la frente y en los extremos del mandil real. Para caracterizar un Príncipe, poníanle al costado izquierdo de la cabeza la trenza de pelo que lleva

Horus, como emblema de la juventud ó generación nueva que ha de suceder á su antecesora. Como se representara una mujer joven y hermosa, la adornaban á menudo con la bella flor del loto, símbolo material de la constante renovación de la Naturaleza. Y si nos fijamos en la ornamentación de los monumentos, esa misma flor del loto da forma y carácter distintivo al capitel, y exorna frisos y columnas, en tanto que los *uræus* simbólicos adornan las cornisas, y el buitro sagrado ó el disco solar extienden sus alas sobre los dinteles de las puertas ó sobre las escocias de las habitaciones. Todo esto sin mencionar las diversas figuras jeroglíficas que cubren los muros de las construcciones egipcias de emblemas religiosos, cuando no de plegarias repetidísimas. No sólo en la arquitectura, en joyas, objetos de uso, muebles, telas, en cuanto se conserva y se conoce del Egipto, no ya de carácter religioso ó funerario, lo cual constituye una segunda parte de la religión egipcia, sino en lo de carácter histórico y civil, el emblema, la invocación, la idea de Dios expresada simbólica ó gráficamente, está en todo, y descuella como señora absoluta de aquella civilización.

Por esto Herodoto declara con asombro, y hasta con veneración supersticiosa, que el Egipto era el país más religioso del mundo.

Si nosotros, después de comprobar esta afirmación, examinando las mismas pruebas tangibles que tuvo á la vista el historiador heleno, repasamos la historia de Egipto y en ella vemos la omnimoda influencia del sacerdocio en toda la máquina social de aquel pueblo, donde el Rey era el primero de los sacerdotes, y donde de la clase sacerdotal se elegían los consejeros del Trono, los jueces, los jefes militares; donde la instrucción, el cultivo de las ciencias y de la literatura eran patrimonio exclusivo de los sacerdotes; donde ese sacerdocio atajó los vuelos libres y vigorosos del arte para encerrarlo dentro de una ley y un cánón riguroso; donde ese mismo sacerdocio pretendía leer en el curso de los astros el horóscopo infalible y fatal de los

séres; donde la magia, la adivinación, era un arte sagrado, en el cual se ejercitaban los sacerdotes; donde entre los mismos sacerdotes había privilegiados y no privilegiados en el conocimiento de los misterios de su religión; y donde, en fin, el amuleto era indispensable para defenderse de toda mala influencia... hay motivos muy fundados para sospechar que el Egipto no era el país más religioso, sino el más fanatizado del mundo.

Esta cuestión delicada, para tratar de la cual es necesaria muy buena fe y gran desapasionamiento é imparcialidad, lleva en sí trascendencia suma; porque casi me atrevo á asegurar que en ningún pueblo de la antigüedad tuvo tanta influencia la religión como en Egipto, ni imprimió en él un carácter más preciso. De manera que interesa muchísimo averiguar si ese carácter se lo prestaba la fe en el dogma, ó la influencia política del sacerdocio.

El problema que propongo es hoy de actualidad y palpitante en la egiptología; de un lado, porque el sentir de la crítica moderna le da grandísima importancia; y de otro, porque el dogma de la religión egipcia no ha sido interpretado en todo su alcance y complejidad hasta días recientes. El ilustre Champollión, cuya gloria imperecedera de haber dado con la clave de la escritura jeroglífica en la piedra de Roseta, de haber abierto á la investigación el arcano del misterioso Egipto, nada ni nadie podrá oscurecer, acertó en la interpretación de la esencia del dogma monoteísta; pero se equivocó en la relación que existe entre los miembros del panteón, politeísmo aparente que le llevó á relacionar las divinidades egipcias con las griegas y romanas. No me detengo en este punto, acerca del cual mucho se puede decir, porque no hace á mi propósito estudiar el proceso de las investigaciones egiptológicas. Sólo diré que los documentos paleográficos egipcios, las inscripciones encontradas recientemente y los nuevos estudios de los sabios que siguieron y siguen las huellas de Champollión, han aportado riquísimo caudal de conocimientos, sobre los cuales el sabio conservador del Museo egipcio del Louvre, M. Paul Pierret, ha

podido reconstruir completo el Panteón egipcio y el dogma tal cual le comprendían los teólogos de las escuelas de Heliópolis y de Menfis. Con arreglo á las conclusiones que arrojan los libros de este docto egiptólogo, voy á ofrecer un cuadro de lo que eran ese dogma y ese Panteón.

Primero voy á exponer qué era la religión del dogma, para después repasar qué era la religión del culto, y, en vista de ambos extremos, sacar las deducciones que el criterio desapasionado sugiera.

I

La religión del dogma.

Ya he indicado, y es bien sabido además, que la religión egipcia era un monoteísmo en su esencia y un politeísmo en sus manifestaciones. Admitían, por lo tanto, un Ser Supremo. En cuanto á la idea que tenían de él, Pierret la expone, valiéndose de los textos mismos, en la forma siguiente:

Es creador: «Todo cuanto vive ha sido hecho por el mismo Dios. Ha hecho los séres y las cosas. Es el formador de cuanto ha sido formado. Es el creador del cielo y de la tierra. Es el autor de lo que ha sido formado: en cuanto á lo que no lo está, guarda reserva. Dios es adorado en su nombre de eterno proveedor de almas á las formas.»

Es eterno: «Atraviesa la eternidad, vive por siempre. Señor de la infinita duración del tiempo, autor de la eternidad, atraviesa millones de años en su existencia. Es el dueño de la eternidad sin límites.»

Es inaprehensible: «No se le puede coger por los brazos; no se le puede asir por las manos.»

Es incomprendible: «Es el prodigio de las formas sagradas, que nadie comprende.»

Es infinito: «Su extensión se dilata sin límites.»

Está dotado de ubicuidad: «Manda á la vez en Tebas, en Heliópolis y en Menfis.»

Es invisible: «Se oculta á los hombres y á los dioses. Se esconde y no se conoce su forma. Los hombres no conocen su nombre.»

Es misericordioso: «Escuchando á quien le implora.»

Es omnipotente: «Lo que es y lo que no es, dependen de él. Lo que es, está en su mano; lo que no es, está á su costado.»

Luégo que la filosofía egipcia llegó á la concepción abstracta del Ser Supremo, consideró al sol como el símbolo más visible de Dios. ¿Por qué? Lenormant lo explica de modo bien satisfactorio, diciendo que un pueblo ignorante de la verdadera naturaleza de los cuerpos celestes, y preocupado ante todo por la suerte del hombre en la otra vida, creyó ver imágenes y símbolos de esa existencia futura en mil fenómenos naturales, y más particularmente que ninguno en el curso cotidiano del sol, el cual pasaba alternativamente de la mansión de las tinieblas ó de la muerte, á la mansión de la luz ó de la vida; que con su fuego bienhechor daba nacimiento á la existencia y la mantenía. Insistiré sobre este punto para mejor aclararle. El sol, al cual los egipcios llamaban *Ra*, nacía en el Oriente al despuntar la mañana, y navegando por el *Nilo celeste*, recorría los doce espacios de su carrera, las horas; llegaba á la plenitud de su fulgor, y luégo descendía, amortiguándose hasta morir, al término de la jornada, en el Occidente; entonces comenzaban las tinieblas y reposo, símbolos de la muerte, durante las cuales el sol navegaba por la *región inferior ó Amenti* (infierno egipcio), donde eran juzgadas las almas de los difuntos. Tal es lo que M. Pierret llama la trama del drama solar, entendiendo que cada acción de él estaba personificada por una divinidad con atribuciones peculiares. La esencia de ese drama solar es, y me propongo demostrarlo en breve, la lucha perdurable y trascendentalísima del bien y del mal, principios opuestos que se hallan representados en la mitología egipcia por diversas divinidades, opuestas también.

Dicho se está con esto que el panteón comprende los puntos esenciales de toda religión, á saber: los orígenes, ó sea las creencias tradicionales relativas á la formación del universo y del mundo, y al nacimiento de la criatura inteligente y racional; la omnipotencia del Ser Supremo, siempre inmutable, justo y misericordioso, y los fines últimos del alma humana.

Ahora bien: ¿cómo se derivan del Ser Supremo esas distintas manifestaciones suyas, esos dioses que, según dice muy bien M. Pierret, no son más que símbolos, y cuya forma, cuya iconografía antropomórfica, pues aparecen á menudo con cuerpo humano y cabeza de animal, no puede ser más que alegórica, constituyendo verdaderos jeroglíficos? Para hacer esta demostración me es forzoso exponer, siquiera sea en sus partes más esenciales, el Panteón egipcio, alterando algún tanto el orden seguido por el ilustre egiptólogo acabado de citar, sin que esto sea contradecirle ni enmendarle; pues el orden en que se coloquen las divinidades es arbitrario, no previene nada ningún texto antiguo acerca de ello, y sólo deben informarle las relaciones que existan entre los mismos miembros del Panteón. Pero estos miembros ó divinidades aparecen con títulos tan iguales, bajo conceptos tan idénticos, que muchas veces se confunden, y en la iconografía sagrada son frequentísimas ciertas amalgamas de dos divinidades, imágenes en que las ideas simbolizadas por esas dos divinidades forman una sola, completándose y relacionándose. Partes de un todo, conceptos dependientes de un pensamiento único, se confunden fácilmente á no tomar á cada uno bajo el concepto más peculiar y propio. Esto es lo que me propongo hacer.

La Creación.

Es de advertir que el Ser Supremo y abstracto, cuya manifestación visible es el sol, tiene la propiedad de engendrar en sí mismo á los dioses que personifican sus fases. Esta propiedad la representan los toros *Apis* y *Mnevis*.

«En el principio—dice Maspero—estaba *Nun*, el Oceano primordial en cuyas profundidades flotaban confundidos los gérmenes de las cosas.» El Dios *Nun* es, por tanto, la causa primera del gran hecho de la Creación. En ese Oceano ó cáos estaban los principios del bien y del mal; energías dormidas en la nada, y que ahora, al primer impulso de ese fluido, de ese éter primordial, iban á surgir vigorosas para entablar lucha eterna y perdurable.

Ese impulso, ese poder cosmogónico que lleva á cabo la obra de la Creación, es *Ptah*, «productor de las obras por excelencia,» como le llama un pápiro. *Ptah* es una energía anterior y superior á todas las energías. Y desde el momento que esta energía domina el cáos, y obra sobre él, y le desembrolla sin esfuerzo, como dice Maspero, y dice al sol: «Ven á mí,» y el sol extiende sus rayos ardorosos, que personifica el dios *Nun*, inaugurando el primer día de la Creación: el dios de la verdad, el *profeta de la verdad*, como le llaman los textos, el gran *Thot*, proclama el triunfo de la luz sobre las tinieblas, y mide y computa el tiempo, porque en virtud de su poder invencible, el poder de la verdad misma, que simboliza la diosa *Ma*, ha dado el triunfo al sol, el cual con el ojo sagrado contempla los espacios.

En este momento entra en acción el dios *Shu*, nueva fase del sol, el cual separa la tierra (dios *Seb*) del cielo, (diosa *Nut*,

la cual, encorvada, cobija la tierra). Hace la tierra plana y separa las aguas en dos masas distintas, una que se extiende sobre la tierra y otra las *aguas de lo alto*, por donde navegan los astros y los dioses: el *Nilo celeste*, cuya imagen visible es el caudaloso río que corre desde las cataratas al Mediterráneo por el cáuce que le abren las dos cordilleras del valle. Y es de notar que las fuentes ignoradas de este río eran para los egipcios un misterio, solamente conocido de los dioses, por lo cual el jeroglífico del dios Nilo, cuya traducción es *Hapi*, significa escondido.

Pero en toda esta obra compleja y armónica de la Creación interviene otro agente, el dios *Khum*, individualización del soplo divino, que anima la materia, titulado en los textos *alma de los dioses, fabricante de los dioses y de los hombres*, el cual, uniéndose con las diosas *Sati y Anuké*, simbolos ambos de la materia inerte, como lo es en esencia todo principio femenino en la teogonía egipcia, modela sobre una rueda de alfarero el huevo del universo y la figura humana el hombre.

Concluida la Creación, *Horus* ú *Horus-tma*, personificador de la armonía del mundo, se ufana de su triunfo perpétuo sobre los perturbadores del orden cósmico.

El curso del sol.

Todo el proceso y acción primera de las fuerzas generadoras de la existencia, que dejó expuesto, se reproducía diariamente antes de la salida del sol.

El espacio del cual nace *Ra*, ó el sol, lo representan las diosas *Nut*, *Neit*, *Menhur*, *Isis*, *Tueris* y *Maut*, por tener carácter de diosas madres; lo cual no es en resumen más que el elemento femenino que existe en el Ser Supremo, necesario é imprescindible para producir sus diferentes evoluciones ó fases. El elemento masculino de la cópula sagrada está representado por *Khem*.

Nacido *Ra*, en su marcha de Oriente á Occidente ilumina el mundo con sus dos ojos, con uno el Norte y con el otro el Sur. Esa propiedad de *hacer la luz*, es justamente el significado de la palabra egipcia *seshep*, con la cual denominaban á la esfinge. De aquí el que M. Pierret afirme sin reserva que la esfinge egipcia nunca fué emblema de la fuerza unida á la inteligencia, sino un emblema solar, aunque represente al Faraón, porque todo Faraón es siempre una imagen del sol Levante. Y no es sola esta figura antropomórfica con cuerpo de león la que simboliza la luz solar: también las diosas leontocéfalas *Sekhet*, *Tefunt* y *Menhit* representan la fuerza, el ardor de los rayos luminosos. Del mismo modo que la diosa *Bast*, parece simbolizar ese mismo ardor más mitigado: el calor bienhechor del astro del día. Todavía hay otro emblema análogo más gráfico, y es el de las dos serpientes *uraeus*, que en las imágenes de los discos solares suelen aparecer en número de dos, una mirando hacia el Norte y otra hacia el Mediodía, las cuales signi-

fican el mal que puede causar Dios abrasando y destruyendo con su fuego devorador á sus enemigos. Estos enemigos no pueden ser más que los genios del mal de quien el sol ha triunfado; y el mal lo representa en este caso el dios *Sebek-Ra*, como en otro sentido lo son otros dioses, entre los cuales gozaban de mayor prestigio *Bes* y *Set*, dioses cuyo concepto y cuyo culto no eran originarios de Egipto, sino que fueron importados.

Así camina el sol hasta su ocaso. En el momento de esconderse tras de la montaña occidental, el sol está personificado por el dios *Tum*, á quien recibe en su seno la diosa *Hathor*, la cual bajo una nueva forma ha de darlo á luz en el Oriente, en cuyo momento comenzará á lucir el nuevo día. Este sol, muerto para los hombres, vencido por las tinieblas, de las cuales se ufana como soberano el espíritu del mal, comienza nuevo curso para iluminar el hemisferio inferior, región subterránea. Y así como *Ra* es la personificación más popular del sol diurno, *Osiris* lo es del nocturno. *Osiris* ó *Unofre* (palabra que significa literalmente hombre bueno), es la justicia inmutable que con su luz ilumina la morada de los difuntos, los cuales comparecen ante su tribunal. Esta relación de la noche con el juicio del alma, se explica teniendo en cuenta que los egipcios veían en las tinieblas y en el reposo del sueño una imagen de la muerte.

Según la leyenda, *Osiris*, el bien, fué muerto por *Set*, el mal. Pero *Isis*, hermana y esposa de *Osiris*, busca, auxiliada por *Nefthys*, los dispersos miembros de *Osiris*, los cuales embalsamó *Anubis*, y prestándolos calor en su regazo, *Isis* concibe y da á luz al nuevo bien, al mismo *Osiris*, bajo una forma renovada: *Horus*, eterna juventud y bien inmutable, que surge radiante ante la faz del mundo ahuyentando á sus enemigos, las tinieblas, los malos principios, de manera que *Horus* es el sol Levante.

Tal es el drama solar: la lucha perdurable y eterna del bien y del mal, cuyos dos principios existen juntos, pero siempre opuestos, en el Universo, como conceptos relativos que no pue-

den existir el uno sin el otro, y de cuya oposición resulta la armonía inmutable de la existencia.

De todo esto se desprende que los sabios egipcios consideraban á todo lo creado como sujeto á la ley del trasformismo. Con efecto; no sólo lo creían así, sino que en su Panteón jeroglífico representaban con la figura de un *escarabajo* la palabra *volver*, la frase *tomar forma*, pues simbolizaba la continua renovación de la existencia, tanto en el orden divino, en el cual ya hemos visto cómo se efectuaba esa renovación, como en lo humano, representando la resurrección, la nueva vida después de la muerte. Y que este concepto trasformista gozaba en Egipto de gran prestigio por su significado trascendental, lo prueba el que la imagen del escarabajo es entre todos los amuletos la más frecuente, y quizá con mayor devoción supersticiosa llevada por aquellas gentes piadosas y sencillas.

Inmortalidad del alma.

Esta era la idea que dominaba por completo á los egipcios, la que informaba todas sus acciones, todos sus pensamientos, y que el *Libro de los muertos* ó *Ritual Funerario* determina gráficamente con estas frases: «*Yo comienzo la vida después de la muerte, como el sol cada día.*» Porque la vida humana era para el egipcio efímera jornada solar; y á la manera que el sol llegaba á su ocaso, para después de recorrer la región subterránea aparecer nuevamente á los ojos de los hombres, la criatura humana, al bajar á la tumba, era cual Osiris ó sol nocturno, y después resucitaba á nueva existencia, como Horus ó sol Levante, eterna juventud.

Esta eterna juventud era, con respecto á las criaturas humanas, el premio de la vida eterna que otorgaba al justo el supremo juez Osiris, en oposición á los castigos que imponía á los perversos.

Los egipcios mostraban gran despego de la vida terrena, considerándola como tránsito breve para la eterna. Además, del alma tenían singular concepto. Creíanla doble, compuesta de dos elementos, uno ígneo que denominaban *Khu* (inteligencia), y el otro *Ba* (espíritu). Del primero dice Hermes Trimegisto: «Cuando la inteligencia, el más sutil de los pensamientos divinos, abandona al cuerpo terrestre, toma su túnica de fuego y recorre el espacio, abandonando el alma al juicio.» Esto comprueba la creencia de los egipcios de que, cuando el cuerpo yacía muerto en el ataud, la inteligencia, desligada del ser material, entraba en posesión absoluta de su propia libertad,

mientras el espíritu, agente responsable de las faltas del difunto, se presentaba ante el tribunal de Osiris.

Mas antes de llegar á este tribunal, el alma tenía que recorrer un camino peligroso por las regiones de ultratumba, en las que le asaltaban terribles mónstruos y animales fantásticos, con los cuales había de luchar; y solamente podía vencer valiéndose de exorcismos, cuyas fórmulas sacramentales se encuentran en el *Libro de los muertos*.

Llegaba, vencedora de las asechanzas del mal, á la gran sala del juicio. Introducía en ella la diosa *Ma*, la verdad. *Horus* y *Anubis* procedían seguidamente á pesar el corazón del difunto en una balanza, poniendo en el platillo contrario la estatua de la verdad, y el resultado del peso lo escribía *Thot* en presencia de *Osiris*. Seguidamente el alma se prosternaba ante cada uno de los 42 jueces asesores, haciendo y repitiendo firmes protestas de sus virtudes, acto que efectuaba por vez última ante el mismo *Osiris*, el cual dictaba la sentencia. Si el alma era absuelta, tornaba al cuerpo de que había partido, ó á otro (este es punto capital), para cumplir nuevas existencias; para «hacer todas las transformaciones que le plazcan,» como dice el *Libro de los muertos*. Pero si, por el contrario, era condenada, podía serlo hasta á la inamovilidad, equivalente al no ser. Sin esfuerzo puede observarse cómo la vida, según el concepto egipcio de los fines y de las causas, era una asimilación completa al curso del sol. Y *Lenormant* dice que la preocupación del destino humano fué lo que imprimió ese carácter solar á la religión egipcia.

Expuestas estas doctrinas, ocurre preguntar: ¿fué constante ese monoteísmo politeísta? Con efecto, un dogma tan complicado, ni pudo ser obra momentánea, de un hombre, ni por espacio de más de 5.000 años pudo mantenerse sin sufrir variaciones. En cuanto á su origen, *Pierret* cree que los primeros egipcios debieron adorar los fenómenos naturales, los ríos, las montañas, los animales: de manera que eran fetiquistas; al sol

y á la luna, cayendo en el sabeismo. De este sabeismo quedaron grandes y profundas señales en su religión. De todos modos, los egipcios desde sus más antiguos monumentos, aparecen monoteistas bajo la forma politeista. Entre la religión de las cinco primeras dinastías y las de las demás, hay notable diferencia; y es que en aquellos primeros tiempos la religión es más popular que sacerdotal. Después las escuelas teológicas se manifiestan con algunas diferencias, y las interpretaciones dadas al *Ritual funerario* desde la dinastía XI, de la cual datan los ejemplares más antiguos, sufre variantes y se modifica en el transcurso del tiempo. Además, hubo una guerra pasiva de localidades, sobre la primacía, que cada localidad quería prestar á su dios favorito, y no faltaron herejías y conflictos religiosos.

Pero en nada de esto quiero detenerme ahora, pues hablo bajo un punto de vista general.

II

La religión del culto.

Por poco que se conozca la constitución social del Egipto antiguo, y se aprecie, por lo tanto, la preponderancia omnímoda del sacerdocio, cabe preguntar si el concepto metafísico de la religión era patrimonio de todos los hijos de Mizraín. De ningún modo: basta para asegurarlo el hecho incontestable de la iniciación ó privilegio de que gozaban ciertos sacerdotes, no todos tampoco, sino aquellos escogidos. Sirve de testimonio San Clemente de Alejandría, el cual dice que los sacerdotes egipcios no comunicaban á nadie sus misterios, reservándolos para el heredero del Trono ó para los que más sobresalían entre ellos en virtud y sabiduría. Y hay otros testimonios más fehacientes é incontestables, cuales son las inscripciones. Sólo una citaré. Se lee bajo la estatua de un sacerdote que se conserva en el Museo del Louvre, y dice: «Conocía las disposiciones de »la tierra y del infierno, de Heliópolis y de Menfis; había pene- »trado los misterios de todo santuario; no había nada que le »estuviera escondido; adoraba á Dios y le glorificaba en sus »designios; *cubría con un velo el flanco de todo lo que había »visto.*»

Los que gozaban de este privilegio, los iniciados, revestían

sus personas y sus actos de un carácter sagrado, que les prestaba grandísimo ascendiente sobre el pueblo y sobre el resto del sacerdocio.

En las ya mencionadas escuelas teológicas de Tebas, de Menfis y de Heliópolis, era donde el alto clero se instruía en los grandes misterios de la religión; y aun, según se desprende de la inscripción acabada de citar, había algo, algo muy trascendental y reservado, que sólo se aprendía en lo más escondido del santuario; y el tono con que están enunciados los privilegios sacerdotales en esa inscripción, lleva á pensar que la iniciación exigía especial capacidad mental y cierta disposición del espíritu, como lo que hoy llamamos estado de gracia.

Ahora bien: ¿cuya era la religión del pueblo? El pueblo no percibía ni entendía más misterios de su religión que el símbolo, cuyo sentido verdadero ignoraba, y el politeísmo aparente y jeroglífico que él miraba como real y material. De cada dios sabía lo que decía la inscripción jeroglífica puesta al lado (1); la significación que el dogma prestaba á la imagen sagrada quedaba envuelto para el pueblo en la reserva más supersticiosa; porque pretender violar el sagrado secreto de la iniciación, era un crimen horroroso.

¿Qué creencias le eran lícitas al pueblo? Las creencias que se desprendían del materialismo de los símbolos que constantemente tenía ante los ojos sin comprenderlos.

Seguramente, la parte más seria de estas creencias era la tradición. Como dice Maspero, cuando el hombre salió de las manos del Creador, ignoraba los medios de procurarse la subsistencia é ignoraba el lenguaje, estando reducido á imitar los gritos de los animales. Por esto Dios descendió á la tierra y se

(1) Hoy está probado con evidencia que la escritura jeroglífica no era una colección de signos misteriosos á modo de escritura cifrada, cuya clave sólo poseyeran los sacerdotes, sino la escritura nacional del país, empleándose, no sólo en el exterior de toda clase de edificios públicos, sino en muebles y objetos de uso vulgar y personal.

manifestó á los humanos bajo diferentes formas, cuya sucesión constituye las dinastías divinas. Y al número de formas correspondía el de santuarios ó templos famosos, los cuales se contaban en Egipto por localidades. Y así como en nuestra religión viene de antiguo el culto á determinados santos ó advocaciones en ciertos lugares, culto que va unido á alguna tradición religiosa, la cual, hablando á la imaginación de las gentes piadosas, atrae grandísima y entusiasta devoción, así en Egipto, *Ptah* era el dios privilegiado en Menfis, como *Ammon* en Tebas, como *Tum* en Heliópolis, como *Osiris* en Abydos, y todos tenían su tradición ó leyenda. *Ra* estaba considerado como el primero de los monarcas divinos en la concepción primitiva. Representaba la verdadera edad de oro de los egipcios; tanto, que para encarecer las excelencias de alguna cosa, la frase corriente era que no se había visto semejante desde los días de *Ra*.

De todas estas leyendas religiosas, la más popular era la de *Osiris*, la cual, tomando carácter épico, dió pie á Plutarco para su *novela*—la crítica moderna puede denominarla así—y es como sigue, reducida á los términos más concisos: Osiris, hombre bueno por excelencia, reina sobre la tierra; enseña á los hombres, entre otras muchas artes y faenas útiles, el cultivo de la viña y la fabricación del vino. Reparte por la tierra los beneficios de la civilización, llevando su poderío más allá del Egipto. Cuando Osiris tuvo que salir de Egipto, dejó á su hermano Set como regente del reino. Set, ó Tyfon en la leyenda griega, envidioso del valor de su hermano y codicioso de la corona, forma una conspiración para matarle. Con efecto, al regresar Osiris victorioso Set le da un convite, al cual asisten los setenta conjurados. En ese festín, y á una señal de Set, Osiris es vilmente asesinado y su cadáver horriblemente desuartizado; y luégo, puestos los dispersos miembros dentro de un cofre, éste es lanzado á la corriente del Nilo. Set se apodera del Trono. Y entre tanto Isis, la viuda de Osiris, desolada y afligidísima, camina sin rumbo ni esperanza en busca del cofre

que encierra los miembros de su difunto esposo. Le halla al fin, y prestando calor á esos miembros con sus abrazos y sus lágrimas, consigue reanimarlos y que renazca Osiris bajo la forma de Horus su hijo. Horus, vengador de su padre, arroja del Trono al usurpador Set, el cual había cometido en la tierra toda clase de excesos y crímenes.

Y es de notar que todas las poblaciones de Egipto se disputaban el honor de haber sido teatro de algun episodio de esta fábula, que creían historia tradicional, ni más ni menos que hoy se disputan diversas poblaciones el ser cuna de ciertos santos ó varones ilustres.

La leyenda de Osiris nos lleva por la mano á la explicación de la triada ó reunión de tres divinidades: padre, madre é hijo. Las triadas tenían gran importancia en el culto público, y en el santuario de cada nomo ó capital de provincia había una. El objeto único de la triada era representar gráficamente, palpablemente, por decirlo así, materialmente, el misterio de la generación divina, presentando á los dioses como una familia en un todo semejante á las familias humanas constituídas por la unión del hombre y de la mujer. Pero lo que no entendía el pueblo, era el sentido trascendental de la triada, á saber: poseyendo el Ser Supremo la facultad de engendrarse, existen en él un elemento femenino y otro masculino, de los cuales nace un ser que es una renovación del mismo elemento masculino, y es el mismo Ser Supremo, que de ese modo efectúa sus transformaciones infinitas; el pueblo ignoraba esto porque no le era permitido saberlo, porque sólo se le dejaba llegar hasta la corteza del simbolo.

Este simbolismo, sugerido no sé—y esto no pasa de ser una opinión particular, tal vez un poco excéptica, en materia histórica—no se, repito, si por la buena fe ó por la redomada hipocresía de los primeros sacerdotes egipcios, les condujo á la más rara iconografía y á la más grosera y monstruosa aberración del culto popular. Me refiero á los animales sagrados. Es bien sabido, porque es característico, y á ello he hecho referencias an-

teriormente, que cada dios del Panteón tiene asimilado un animal, de donde son tan frecuentes las imágenes antropomórficas de *Ammón*, con cabeza de carnero; *Thot*, de cigüeña; *Ra*, de gavilan; *Hathor*, de vaca; *Anubis*, de chacal; *Bast*, de gato; etcétera, etc. ¡Cuando no son las figuras de los mismos animales con los atributos de los dioses! ¿De qué pudo nacer esto? Tropezamos con un punto oscuro en la egiptología, siendo hoy la única explicación satisfactoria la de que los egipcios veían en cada uno de esos animales cualidades que les daban analogías con los dioses. Por ejemplo, el gavilán estaba dedicado á *Ra*, el sol, porque es la única ave que puede mirar de frente al astro del día sin que se le nublen los ojos. De todos modos, la ciencia permite creer que los mismos sacerdotes veían en los animales simulacros vivos de los dioses en la tierra, pues era vulgar en Egipto el concepto de que no se podía encarnar un dios en un trozo de piedra, ni en ninguna otra materia, pues que *ni se ve á Dios ni se sabe dónde está*—decía un texto,—por lo cual preferían las imágenes vivas. De todos modos, el gran prestigio sagrado de que gozaban esos animales en Egipto era un resultado de las prácticas supersticiosas—sigo la opinión de Pierret en este punto—explotadas por la clase sacerdotal. En los templos se conservaban y mantenían con sumo cuidado estos animales. Así, en Menfis estaba el célebre toro Apis, cuyo privilegio se concedía al toro que tenía ciertos signos particulares. Según los sacerdotes, el Apis nacía de una vaca fecundada por un rayo solar, tenía que ser negro, con un triángulo blanco sobre la frente y blancas también las patas y el vientre, con una figura dibujada por el pelo mismo sobre el lomo, figura que se comparaba á un buitre con las alas extendidas; encima de la lengua había de tener un nudo de carne en forma de escarabajo y los pelos de la cola espesos. El sabio egiptólogo M. Mariette declara, á propósito de esto, que los sacerdotes iniciados en los misterios de Apis eran los únicos que conocían los símbolos del animal, como los astrónomos reconocían en ciertas constelaciones ó grupos de es-

trellas un dragón, una lira y una osa. El culto de Apis era celeberrimo en todo Egipto, y cuando moría ó le mataban, pues no podía vivir más que un número de años prefijado en las leyes religiosas, el pueblo daba señales angustiosísimas de duelo, y embalsamado el toro muerto lo depositaban en la tumba de los Apis, que los griegos denominaron *Serapeum*, la cual ha inmortalizado en la ciencia el ya mencionado Mariette-Pachá, cuya pérdida reciente, como la de Lenormant, llora la Egiptología.

Pero ningún animal sagrado mereció mayor respeto que el gato; y su veneración supersticiosa no era de una localidad, como pasaba con otros animales, sino de todo Egipto. Según Herodoto, cuando una casa se incendiaba, no apagaban el fuego hasta salvar el gato; y cuando éste moría de muerte natural, la gente de la casa hacía muestras de duelo, siendo una la de raparse las cejas á navaja. Las leyes habían impuesto pena de muerte al que matara un gato, fuese intencional ó casualmente. Esto ha dado pie al renombrado egiptólogo Evers para urdir gran parte de la trama de su magnífica é instructiva novela *La Hija de un Rey de Egipto*.

Por lo que llevo expuesto, ya puede deducirse la diferencia capital que existía entre la religión sacerdotal y la religión popular, entre el dogma y el culto. Pero no he dicho aún en cuántas cosas más y por qué medios dominaban esos sacerdotes al pueblo. Queda indicado que los sacerdotes eran los depositarios del saber. Este saber se trasmitía en los libros que se conservaban en las bibliotecas sacerdotales, y entre estos libros había muchos de carácter sagrado, porque se consideraban sus textos como de origen divino. Los Calendarios astrológicos figuraban entre esta clase de libros, y contenían (ó contienen, pues se conservan, existiendo buen fragmento de uno en el Museo Británico), la indicación de los días faustos ó nefastos y de los actos que se debían ó no se debían llevar á cabo en tales días. El carácter favorable ó funesto de cada día dependía de la exacta correspondencia de los mismos con las

tradiciones mitológicas. Maspero lo explica con un ejemplo. El día 17 del mes Athyr, dice, Set mató á su hermano Osiris; pues cada año en el mismo día se renovaba otra vez la misma tragedia en las ocultas profundidades del cielo egipcio; y como Set, vencedor de Osiris, representaba el imperio del mal, la Naturaleza, abandonada á la acción del espíritu de las tinieblas, se conjuraba contra el hombre. Aquel día era nefasto, y á semejanza de nuestros martes, ningún hombre de costumbres arregladas comenzaba un viaje, ni emprendía ninguna clase de negocios, ni se exponía á ser asaltado por un cocodrilo en la orilla del río, sobre todo hasta que pasaban las horas de peligro. De todo esto se deduce que cada día tenía sus influencias, cuyas influencias acumuladas asignaban al hombre su destino. Este destino pretendían descifrarle los astrólogos egipcios examinando las estrellas; y así, en cuanto nacía una criatura, era forzoso consultar á los sacerdotes astrólogos, que, después de observar convenientemente el cielo, pronunciaban el horóscopo relativo á la criatura, previniendo á qué clase de peligros iba á estar sujeta, qué muerte había de tener, si su vida iba á ser larga ó corta, y hasta fijaban el número de años que tendría de existencia.

Ahora bien: ¿qué medios le eran dados al hombre para evadirse de estos peligros? Y aun yo me atrevo á preguntar: ¿á qué trapantojos recurrían los sacerdotes para que no saliesen defraudados sus horóscopos y predicciones? Muy sencillo: al arte sagrado de la magia, el cual, como dice muy bien Lenormant, tenía puesto capital entre las preocupaciones de los egipcios. Los magos eran sabios que gozaban de grande respeto y estimación. Estos magos, así como los astrólogos computando sus calendarios y sus estrellas hacían tan estupendas deducciones, ellos, consultando las fórmulas contenidas en los libros mágicos que se conservaban en las bibliotecas, como es de suponer en igual alta categoría y aprecio que los citados calendarios, dictaban recetas infalibles para conjurar las influencias maléficas.



La idea de esas recetas ó fórmulas contra los azotes del hado, las enfermedades, los animales dañinos, es la asimilación de quien las pronunciaba á los dioses, de cuya asimilación provenía la virtud de las palabras del encantamiento, y que ponía al hombre al resguardo del peligro. Hay un pápiro célebre en la ciencia: el pápiro Harris, el cual contiene varias fórmulas mágicas. Permitaseme transcribir una, encaminada á librar ó precaver de los ataques de los cocodrilos:

«¡No estés contra mí! Yo soy Ammon.

»Yo soy Amhur, el buen guardián.

»Yo soy el gran dueño del cuchillo.

»¡Yo te enseño! Yo soy Monthu.

»¡No intentes sorprenderme! Yo soy Set.

»¡No llesves tus dos brazos contra mí! Yo soy Sotp.

»¡No me acometas! Yo soy Sethu.

»Entonces, los que están en el agua no saldrán;

»Los que hayan salido no entrarán en el agua;

»Y los que queden á flote sobre las aguas

»Serán como cadáveres sobre la onda;

»Y sus bocas se cerrarán,

»Como están cerrados los siete grandes arcanos,

»Con clausura eterna.»

Hay otras clases de remedios mágicos, á modo de remedios de saludador ó hechicero, y de cuyas recetas no puedo menos de transcribir una, tal cual se halla en un pápiro mágico traducido y analizado por Birch:

«... agua del Mediterráneo cuatro jarras, cuatro jarras y
»media de la arena ó del alga del Mediterráneo, dos jarras y
»media de esencia de aceite de cedro, dos jarras y media de
»esencia del líquido Shet, puesto en forma mística de ladrillo (?)
»en sus manos, y 10 serpientes uræus en forma de corona blan-
»ca sobre su cabeza. No considerad el trabajo desconocido.—
»Un gramo (está hecha la sustitución del peso) de incienso,
»una fumigación, dos jarras de betún, dos bujías de cera, dos
»jarros y medio de espuma de *tas*.»

Dice con mucho ingenio M. Maspero, á propósito de las prácticas mágicas en Egipto, que no todos habían visto sus prodigios; pero todos conocían á alguien que había sido testigo de ellos ó los había sufrido. Esto es análogo á lo que pasa en nuestro país con las culebras que maman de las mujeres y otros fenómenos estupendos que gozan de cierta fama y crédito entre el vulgo.

En los cuentos egipcios la magia tiene grandísima importancia, y á propósito de ello dice el mismo Maspero que los amantes protagonistas de esos cuentos son hechiceros aficionados ó de profesión.

Todo esto de los hechizos y de los conjuros tenía grande aplicación en la medicina, de donde se desprende que médico y saludador eran la misma cosa. Porque los egipcios entendían que las enfermedades podían dividirse en dos clases, á saber: enfermedades de causa natural y que se curaban con remedios caseros, cuando no con medicinas recetadas por el doctor, ó enfermedades causadas por los espíritus malignos, las cuales necesariamente debían curarse por un tratamiento mágico. Excuso decir si esto de las enfermedades de origen sobrenatural sería un buen expediente para un médico cuando no atinase con la dolencia de un enfermo.

Pero á todo esto se preguntará: ¿cómo los egipcios no se desengañaban de esos horóscopos y esos hechizos, cuando los primeros no se cumplían y los segundos salían fallidos? En cuanto á las dolencias, sabido es, y de ello tenemos ejemplos patentísimos en nuestros días, la grande participación que toma en cualquier tratamiento de saludador la imaginación del paciente. Y por lo que hace á los horóscopos é influencias malféticas, los conjuros y amuletos tenían virtud suficiente para que, si un sugeto cuya vida estuviese tasada por el horóscopo en cinco años, cumplía un día más, nadie desconfiara de la veracidad del horóscopo y sí creyera, con toda su alma, en la virtud del conjuro ó el amuleto.

Con lo dicho, y sin que menester sean largos comentarios,

queda patente cuya era la situación del pueblo con respecto del sacerdocio, y cómo éste comerciaba con aquél. Y aún no sabemos si ese sacerdocio cobraba derechos, lo cual es muy verosímil, por adivinar el horóscopo de un nacido ó conjurar la influencia de los genios maléficos que atormentaban á un hechizado. En cuyo caso podemos decir que los sacerdotes egipcios mantenían vil comercio moral y material con el pueblo; comercio á cuya sombra y prestigio se enseñoreaban de los débiles y vivían ellos holgadamente y con todo descanso.

Por si acaso lo dicho fuera poco para probar lo que me he propuesto, basta repasar la *Historia de Egipto* para convenirse de la tiranía sacerdotal. Este predominio de clase se manifiesta ya en los últimos tiempos del período antehistórico, según Maspero; y Mena, el primer Rey subió al Trono destruyendo esa supremacía. Pero no tardó el sacerdocio en volver á conquistarla y dejarla sentir, alcanzando su tiranía hasta el arte; pues así como el de las cinco primeras dinastías es un arte sinceramente naturalista, sin trabas... después es un arte casi jeroglífico, sujeto á un cánón preciso é inmutable. Y este cánón le dió el sacerdocio para precaver, como dice muy bien Viardot, el sentimiento de independencia, de libertad, que el arte podía llevar á los espíritus. La supremacía sacerdotal fué en aumento, y en los últimos tiempos faraónicas los sacerdotes habían llegado á constituir una especie de nobleza privilegiada.

Podrá argumentarse en contra de la tésis que sostengo, afirmando, aunque sin pruebas, que los sacerdotes creían de buena fe en los engaños que les servían de máscara, y teniéndose ellos por seres privilegiados, entendían que sólo á su alta sabiduría podía el Dios Supremo revelar sus misterios. Pero esto, que sólo podría tener algún apoyo si en Egipto hubiesen existido castas, como dice Herodoto, y no clases, es inadmisibles juzgando de buena fe y con mediana perspicacia. En primer lugar, porque ninguna persona sensata puede pensar que un saludador crea á pies juntillos, como vulgarmente se dice, la

verdad de sus hechizos; y segundo, porque nadie, no estando su razón extraviada ó alucinada, se puede creer de superior naturaleza que los demás.

Resumiendo; es innegable que el sacerdocio egipcio creyó con fe ciega en un Ser Supremo que el hombre sólo podía razonarse por una cadena de conceptos armónicos, los cuales eran otros tantos dioses; y es innegable también que, en lo referente al culto, los sacerdotes comerciaban vilmente con la sencilla credulidad de los egipcios.

Y un pueblo donde el hombre no goce el primero de sus legítimos privilegios, que es la independencia absoluta de su espíritu, el libre albedrío de su conciencia, será un pueblo fanático, pero nunca será un pueblo religioso en la verdadera acepción de la palabra.—HE DICHO.





15

